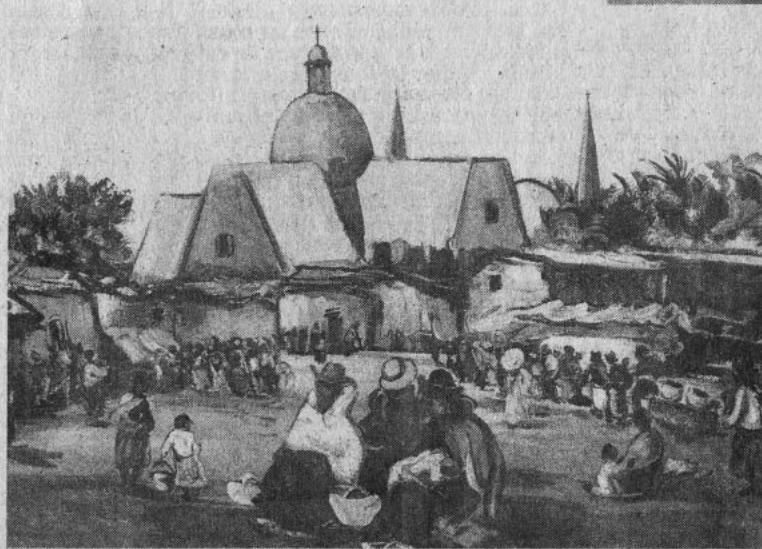


Premio Nacional de Arte 1985, Israel Roa

# “La Línea de Mi Vida Ha Sido la Pintura”



Israel Roa.  
Premio Nacional  
de Arte.



EN la fría mañana del martes 28 de agosto, la tranquilidad ha vuelto a reinar en la amplia casa del pintor Israel Roa, quien: “Junto a un centenar de amigos”, festejará en la víspera su nueva condición de galardonado con el Premio Nacional de Arte 1985.

Sencillo en los gestos y en las frases, conversador ameno, a los 76 años de edad: “Cumplidos en mayo, porque como muchos artistas soy Géminis”, aunque arribó a Santiago en 1927, refleja aún los rasgos esenciales de su origen sureño.

Nacido en Angol recuerda con risueña picardía sus andanzas de infancia: “No fui para nada lo que llaman un niño precoz, pero sí muy travieso y en las asignaturas que no me agradaban hacía la “cimarra” para perderme caminando en el campo, embelesado ya con la naturaleza”.

Y ella respondió con generosidad a este entusiasmo fijándose con fuerza en su memoria hasta emerger más tarde convertida en certeras pinceladas.

—La línea de mi vida ha sido la pintura —expresa—. Fíjese que a los 13 años hice mi primera exposición en Angol, donde no recibí la venia de nadie, lo que significa que los fracasos pueden ser grandes estimulantes, si se saben soportar bien.

—¿Y cómo ha soportado esta espera que terminó con la obtención del Premio Nacional?

La risa se oye fuerte y alegre: “Si ya me estaba pareciendo a Borges y a la Mistral... guardando las debidas distancias, por supuesto. Creo que con ésta, si mal no recuerdo, fui siete veces candidato al Premio Nacional”.

—¿Tiene para usted alguna significación especial haber-

lo recibido, justamente ahora, cuando competía con tan destacadas figuras de la plástica chilena?

—¡Sí, por supuesto! Para mí es muy honroso recibirlo ahora cuando competí con gente de tanta categoría. Es que en Chile tenemos muy buenos artistas.

—En circunstancias tan emocionantes para usted, que ha calificado este premio como “la culminación de una carrera” ¿Qué lugar ha ocupado en sus recuerdos su maestro Juan Francisco González?

La emoción se ve sincera en sus ojos pequeños que brillan un instante en silencio: “A don Juan Francisco González no solamente lo recuerdo siempre y en especial ahora, sino que más que ‘el gran pintor chileno’ lo considero ‘el gran pintor latinoamericano’. Muchas veces he pensado que es un poco triste que por haber nacido aquí no haya tenido la resonancia de Sorolla o Manet, con los que se codeó de igual a igual”.

Tal vez la fuerza de las palabras haya encontrado mayor eco entre los grandes de nuestra tierra que alcanzaran hasta las altas cumbres del Premio Nobel. Y justamente el pintor Israel Roa tuvo la suerte de lograr acogida en la infinita sensibilidad de Gabriela Mistral, quien en agosto de 1944 en Río de Janeiro escribió: “El chileno Israel Roa, profesor de nuestra Escuela de Bellas Artes y hoy discípulo del paisaje brasileño, es uno de los artistas mayores en la banda del Pacífico. El es también un criollo substancial, es decir, uno de esos que, dondequiera que estén, siguen viviendo bajo sus leyes y su ritmo”.

Entre sus leyes propias parece dominar el afecto, que di-

cen aquellos que lo conocen bien, prodiga a manos llenas. A la hora del éxito, cuando la gratitud suele jugar malas pasadas, este hombre de estatura pequeña crece al pedirnos con tranquila humildad: “Si usted puede, en alguna parte de su entrevista, por favor coloque que soy casado con Paz Astoreca, pintora destacada pero muy modesta...”

Es orgulloso padre de dos hijas y un hijo, que como su abuelo y también como el maestro de su padre se llama Juan Francisco.

El amor es para él, en todas sus manifestaciones, la máxima expresión del hombre. Declara amar a Dios, a su familia, a la naturaleza, al ser humano y a la vida y en cuanto a la mujer, inspirado en la suya, dice: “Generalmente es el motivo fundamental, el estímulo más importante, el respaldo más necesario y firme”.

## El Privilegio de Crear

Desde los tiempos en que se maravillaba con los misterios de la naturaleza acostumbó a sus ojos a retener imágenes. Los procesos gestados bajo la luz sureña aceleraron dentro de él una vocación que despertó temprano: “En mí ha sido siempre importante observar todo lo que me circunda”, dice.

—¿Qué importancia concede a la observación de la obra de otros artistas?

—Mucha, mucha. Es indispensable. Es como un alimento espiritual para uno observar y conversar con otros que hacen lo mismo que uno.

—Una persona de carácter tan amistoso como usted, ¿qué valor asigna a la soledad dentro del proceso creador?

—Las personas que tienen el privilegio de crear, porque esto es un privilegio, necesitan la soledad para hacerlo, aunque interiormente un ser sensible jamás está solo. El escritor, el músico, el pintor son en realidad muy privilegiados. Recuerdo que hace tiempo, leyendo un texto de don Ramón Menéndez y Cajal, decía: “Lo más grande que tiene la existencia es el arte y la ciencia” y este es un juicio que comparto plenamente, porque la ciencia es el gran apoyo del arte.

—Hay quienes sostienen que la obra de arte sólo puede concluir su circuito cuando se enfrenta al público. ¿A través de su trayectoria, cómo ha sido su relación con los receptores de su obra?

—Pienso que la obra debe mostrarse, porque de lo contrario no tiene objeto, porque si uno pintara para sí mismo, entonces luego de verlo un tiempo tendría que borrarlo. Por algo existen las bibliotecas y los museos, para que las obras pasen de una generación a otra y no se pierdan.

—¿Qué le ha dado usted a la docencia y qué le ha dado la docencia a su vida?

—En primer lugar hice clases de acuarela durante 33 años y hay generaciones de profesores y artistas que hoy me conocen muy a fondo a través de los más lejanos rincones de Chile. En relación a mi vida puedo decirle que la docencia ha sido una de las experiencias más satisfactorias.

Aunque parece en todo momento el prototipo del chileno ha recorrido mucho mundo desde que abriera sus ojos en la ciudad de Angol. En 1937 obtuvo una beca para estudiar pintura en Berlín, donde permaneció dos años. Allí el expresionismo alemán le hizo sentir su fuerza y a ellos agradece “la pérdida absoluta del miedo frente al natural”.

En 1944 estuvo becado en Brasil durante un año y fue en esa época cuando conoció a Gabriela Mistral, a la que describe como “una gran mujer y una gran escritora, cálida y generosa! Tenía una mirada muy hermosa y una estampa imponente”.

Ella a su vez expresó sus impresiones en un analítico texto que tituló simplemente: “Recado sobre Israel Roa Villagra”.

En una parte dedicada a la acuarela escribe: “Roa, después de su alianza natural con el óleo, que convence al pintor y al público de las exposiciones, por su brillo de mirada humana, tuvo un día el encuentro con la acuarela, lo mismo que el padre Dante lo tuvo con Beatriz.”

“La acuarela delicada en el triple sentido de la fragilidad, del pudor y de la intimidad, le sedujo los sentidos y tomó posesión, por fin, de la mano de un criollo digno de ella y que sería en su servicio tan escrupulosos como la mano oriental”, señala la poetisa en otro de sus párrafos.

Por su parte, Israel Roa al referirse hoy a su identificación con las técnicas dice: “Mis técnicas son el óleo y la acuarela. Al dibujo no lo nombro porque considero que va involucrado en ellas”.

A la entrada de su casa un magnolio florece y en el fondo se encuentra su taller, al que acude diariamente exigiéndose una autodisciplina que considera placenteramente necesaria. Dice que está contento con las cosas que le ha dado el destino, que los ojos han sido su mejor pasaporte y sus manos han sido realizadoras de sus indicaciones interiores.

—A los 76 años, ¿qué es lo que verdaderamente desearía que se le reconociera como sus mejores virtudes?

—Que tengo el espíritu firme y una enorme capacidad de trabajo —responde simplemente.